

B. Sanin Cano

## Influencias de Europa sobre la cultura de la América española <sup>(1)</sup>



L tema es demasiado vasto para desarrollarlo en una conversación de pocos días. No puede negarse que hay una cultura hispanoamericana, pero de tan variados matices que es apenas un nombre lo que le da apariencias de homogeneidad. Hay una cultura americana, sin duda, pero de aspectos tan diferentes como los que afecta la cultura mexicana en frente de la cultura argentina, verbigracia. Y en un mismo medio, en gentes de unos mismos orígenes, en la tierra mexicana, para continuar valiéndonos del ejemplo señalado, vemos coincidir al revolucionario de épocas tristemente célebres en la historia de España y de Hispano América con productos de alta y preciosa cultura como González Martínez, el poeta de imaginación refinada y estro copioso, como Alfonso Reyes, esteta delicado, catador seguro de estilos en todas las artes y letrado de vasta y bien fundada erudición, como Diego Rivera, cuyo pincel reproduce con sensibilidad de hombre moderno la vida elemental, primitiva y semisalvaje de algunos de sus más auténticos compatriotas. Tal es el caso de la cultura americana: en un mismo medio, con unos mismos pre-

---

(1) Comunicación presentada por el autor en los «Entretiens» de la Comisión de Cooperación Intelectual de Buenos Aires, presididos por él, para servir de base a las discusiones sobre el tema de este título.

cedentes, coinciden el hombre neolítico, la Edad Media, el romántico siglo XIX, con la confusa, descabalada y anhelante ánima del hombre contemporáneo.

Las influencias del suelo han hecho seguir rumbos distintos a la cultura en las diversas comarcas. Argentina poseedora de las más fértiles tierras del continente, necesitada por lo mismo de buscarles salida al mar para procurarles mercados a sus abundantes productos, constituyó numerosas vías de comunicación, creó el puerto fluvial más grandioso y eficaz del orbe e hizo posible el transplante de la civilización europea en sus más lisonjeros aspectos a sus grandes ciudades fluviales e interiores. Colombia sin copiosos artículos de exportación, porque la naturaleza le opuso tenaces resistencias a la construcción de caminos, con su población acumulada en montañas y valles interiores, se vió forzada a vivir su vida de por sí, y de los aspectos de cultura europea sólo pudo asimilarse aquéllos que no han menester fáciles vías de comunicación para su transplante. Los dos países poseen una cultura americana de origen europeo, modificada por variadas influencias del medio, por tradiciones disímiles, por mezclas diversas de diversas razas. Este ejemplo muestra la imposibilidad de hacer un resumen preciso y documentado de lo que en una fórmula verbal designamos con el nombre de cultura americana sin haber dejado siquiera el carácter de sus numerosos coeficientes. Se han escrito con buena voluntad, por personas de inteligencia poco exigente en materia de precisiones, historias parciales de la vida política, de las variaciones sociales, del rumbo de las ideas en algunas secciones del continente; pero una historia general no se ha escrito y sería temerario emprender la tarea, mientras no se hayan publicado los innumerables documentos que todavía yacen intactos en el caos insondable de algunos archivos.

Una mirada superficial y de conjunto nos permite afirmar que la cultura americana de ayer y de hoy es de origen señaladamente europeo. En América no había al tiempo de la conquis-

ta sino tres pueblos de los cuales puede decirse que tuvieran una organización civil, de acuerdo con la idea que hacen nacer en la mente del europeo tales palabras. Estos pueblos eran el azteca, el inca y el chibcha. De los tres, México había llegado a la mayor altura. Los mexicanos tenían constituido un gobierno, un sistema de tributación, jueces, milicias, correos, lugares de esparcimiento. Habían inventado el arte de escribir y según parece tenían una literatura. Había llegado a menor altura la civilización de los incas que ignoraban el arte de escribir, pero en las artes civiles superaban a los mexicanos. Habían ideado una organización de la propiedad y del trabajo parecida a los más avanzados principios del socialismo y sus construcciones de que se descubren restos en estos días, revelan grandes adelantos en la arquitectura y la mecánica. Pobre fué la cultura chibcha. El conquistador empeñado en destruirla logró fácilmente su propósito, ayudado por la naturaleza y por el estado lastimoso de manifiesta decadencia en que este pueblo se hallaba. Ni siquiera se salvó la lengua.

Contra estas tres civilizaciones luchó tenazmente hasta lograr extirparlas casi por completo el conquistador español durante tres siglos. Trajo el español a América la cruz, su lengua, las nociones de gobierno que entonces predominaban en su patria, y una sed insaciable, frenética e irracional de oro que destruía sus mismos propósitos. A los dos siglos de ocupado el continente la civilización era europea con algunas de sus excelencias y todos sus vicios llevados a extremos deplorables: la esclavitud, el fanatismo, la burocracia, el favoritismo, el prevaricato, la simulación y el soborno. Leyes justas, de intención benévola y de dudoso cumplimiento formaban áspero contraste con gobernantes entregados a sí mismos por la distancia de la metrópoli y la incapacidad y la corrupción de los gobiernos españoles.

En este ambiente ya puede comprenderse cómo prosperarían los verdaderos impulsos de cultura. El gobierno español

desconfiaba de las ciencias y de las letras; pero como en su sentir eran españoles los naturales de estas comarcas, aunque fuesen indios puros o blancos mezclados de negro o cobrizo, fundó escuelas, colegios y universidades. Las enseñanzas en un principio eran limitadas con celosa intransigencia; sin embargo, a fines del siglo XVIII, durante el reinado de Carlos III, la metrópoli abrió el compás, dió permiso a los exploradores extranjeros para visitar estas comarcas, organizó ella misma expediciones científicas y dotó de libros y de laboratorios rudimentales a algunos institutos de enseñanza. Las ciencias naturales dejaron de ser disciplinas sospechosas; a su cultivo y desarrollo se encaminaba el empeño de las comisiones nombradas por el gobierno.

Con todo, la intención cultural del gobierno español a fines del siglo XVIII y principios del XIX, no llegaba hasta dejar libre el comercio de las colonias con otras naciones distintas de España. Continuaba siendo muy estricta la vigilancia para evitar la introducción de libros de contenido pernicioso para los principios religiosos, civiles y morales de la monarquía. La cultura de las colonias era hasta 1780, netamente española. Hasta la América dominada por las autoridades madrileñas no llegaban ideas de Inglaterra, Francia y Alemania sino las que se habían infiltrado, como a pesar de ellos, en los autores españoles de señalado carácter ortodoxo.

En este punto hay un fenómeno curioso de infiltración de ideas en la biografía de un joven colombiano, Luis Vargas Tejada, muerto en la desolación de los valles orientales de su patria, fugitivo de las autoridades militares, como partícipe de una conjuración contra el jefe del Estado. Vargas Tejada dejó entre sus manuscritos, en 1829, año de su muerte, un diario en que hay citas de Chénier y de Schiller en las lenguas originales. La educación de este joven patriota empezó sin duda cuando todavía les tenía cerradas el gobierno español las fronteras y costas de sus posesiones coloniales a las obras literarias o cien-

tíficas de origen extranjero y de carácter sospechoso para la Iglesia o el Estado.

España no estaba ya completamente libre del contagio. Las ideas de la Revolución Francesa y de la independencia saxo-americana habían pasado muchas fronteras y ya había españoles contagiados, cuyas obras llegaban clandestinamente a las colonias españolas.

Antes de pasar adelante conviene señalar, aunque sea someramente cual fué para las culturas americanas existentes el momento de la conquista y para la cultura española en los tres siglos de dominio el resultado del contacto entre dos maneras de entender el mundo y de regir a los hombres. Acaso la palabra contacto esté aquí mal empleada. No fué propiamente, según se deduce de las historias y crónicas de esa época, una comunicación entre dos civilizaciones, sino un choque violento, una serie de impactos formidables en que había de sucumbir uno de los cuerpos en conflicto. La religión, las necesidades del Estado, las ideas de gobierno, el peligro de que intervinieran naciones heréticas en la obra de la conquista amenazando los derechos adquiridos del gobierno español, haciendo más difícil la realización de sus ambiciones, le indicaban a España la necesidad de destruir los pocos Estados constituídos con los cuales chocaban sus planes de dominio.

Para establecer la religión católica y fundar estados o colonias nuevas era menester destruir la superstición y acabar con gobiernos y nociones administrativas contrarias al pensamiento español de la época. Para explotar las reales e imaginarias riquezas del continente, en metales y especias (el sueño de Colón), la conservación de las organizaciones indígenas era un obstáculo manifiesto. La obsesión del oro dominaban la mente del político español y señaló el carácter irracional en su mayor parte de la administración española en estas comarcas. En este punto resulta de importancia señalar en cuanto sea posible la diferencia entre los conceptos de civilización y de cultura.

Tal vez la diferencia fundamental entre estos dos estados de existencia social consiste en haber adquirido la conciencia de una necesidad de cambio o en carecer de tal concepto. El pueblo que vive contento de su situación, ignora la vida de las otras naciones y no hace esfuerzos por mejorar su condición: puede ser un pueblo civilizado, en el ámbito de sus funciones espirituales, pero no es un pueblo culto. La cultura supone un impulso continuo de autosuperación y en el concurso de varias naciones el anhelo de tomar de otras los mejores elementos de su ser espiritual para asimilárselos y aumentarlo químicamente, quiero decir, modificando su substancia en relación con las aspiraciones y finalidades, con el destino manifiesto de la raza. A los pueblos americanos les faltaba del estado de espíritu bajo cuyo dominio es posible esta forma de evolución espiritual del hombre. Carecían de contacto unos con otros y tenían apenas vagas nociones de la existencia de otros pueblos en América. De aquella pobreza de espíritu y de causas materiales por señalar más adelante nacen de un lado el estado de decadencia en que estaban las civilizaciones americanas al tiempo de la conquista y de otro la frecuencia con que desaparecían civilizaciones y daban lugar a otras en los tiempos anteriores al apareamiento de los españoles en esta parte del mundo.

A más de la diferencia señalada entre la civilización y la cultura, puede indicarse, esta otra: la civilización es el esfuerzo de un pueblo o de una raza por hacer más fácil, más llevadera o más amable la vida adaptando al hombre y a la raza a las condiciones del medio. Adaptarse es civilizarse. Aprender a tolerar el frío en las comarcas septentrionales, adaptarse a las grandes alturas andinas, dominando las temperaturas sin calentar las habitaciones y limitándose a vivir del maíz, las patatas, las raíces que la naturaleza produce con mediano esfuerzo del hombre, y a destruir en provecho de las gentes sin atender a su observación las especies animales propias para el sustento, son formas elementales de civilización.

La cultura se basa en esfuerzos de otra naturaleza. Consiste principalmente en adaptar el medio a los requerimientos de la inteligencia humana; en sacar de la naturaleza misma los elementos de progreso por medio de los cuales el hombre mejora su condición, no sometiéndose al ambiente sino dominando las circunstancias y modificando en su provecho la naturaleza circundante y su propia naturaleza. La cultura es la tendencia a facilitar todos los cambios, no sólo en el ambiente físico, sino también en el ambiente moral, y en la inteligencia del hombre.

Otras causas de origen material hacían demasiado precaria la vida de las civilizaciones americanas anteriores a la conquista. Hay todavía muchos enigmas en la historia precolombiana para formular conclusiones precisas acerca de ciertos aspectos de la vida americana anterior a la conquista. Un filósofo alemán, cuyas teorías gozaron de auge pasajero en la historia reciente de las ideas, sostuvo que las civilizaciones son entes orgánicos sometidos a las leyes del nacimiento, el desarrollo, la plenitud vital, la decadencia y la muerte. Para las civilizaciones europeas señaló el ciclo impreciso de los mil años. En América un estudio severo y documentado de las civilizaciones apenas sospechadas por los enigmáticos restos de su existencia, acaso demostraría que el ciclo de su duración era con mucho inferior a los mil años. Muchas razones, a más de los trastornos geológicos, justifican la creencia de que estas civilizaciones americanas tenían carácter efímero.

El hombre de Europa empezó a civilizarse cuando hubo aprendido a domesticar ciertas especies animales. La domesticación de la vaca y del caballo, de la cabra, la oveja y el perro, hizo posibles las grandes civilizaciones de que hay testimonio histórico y restos apreciables. La vaca por su rápido crecimiento y las cualidades alimenticias de su carne le ofrecía generosamente al hombre horas de descanso para meditar en las posibles soluciones del problema infinitamente ramificado de su conservación y adelanto. La vaca libertó a medias la inteli-

gencia del hombre neolítico y se puso en capacidad de echar las bases de una cultura.

La técnica de nuestros días señala la extensión de las comarcas que pueden ser regidas por un solo gobierno de acuerdo con la rapidez de los transportes. Los grandes imperios no fueron posibles sino cuando el hombre hubo dominado con las embarcaciones las olas del mar, o cuando la bestia de carga domesticada y numerosa llegó a servir para la movilización de hombres y pertrechos a grandes distancias.

En América faltaban estos elementos de cultura a la llegada del conquistador español. Habían sucumbido varias civilizaciones y las de ese tiempo se hallaban en manifiesta decadencia. El hombre de América no tenía la vaca, no había podido someter al bisonte a la vida civilizada, y el caballo, que es de origen americano, había desaparecido del continente a causa de alguna perturbación súbita del clima o, acaso destruido por alguna epidemia inclemente. Por tal razón las enigmáticas civilizaciones de América fueron casi todas de carácter transitorio y como la mayor parte de ellas, carecían del medio de comunicación de la letra escrita y no tenían contacto espiritual unas con otras, ni las civilizaciones nuevas continuaban como en Europa la obra de las antiguas. Entre las civilizaciones anteriores a la mexicana que encontraron los españoles, y la destruida por Cortés, no parece que hubiera nexo alguno. Y, cosa digna de recuerdo, en la actual cultura mexicana, por lo que hace al arte, no hay, según enseña autoridad tan atendida como Vasconcelos, tampoco hay un hilo de conexión entre los variados aspectos y las diferentes épocas de esa forma divina de la actividad espiritual del hombre.

---

Era necesario hacer esta larga disquisición sobre las civilizaciones precolombianas para estudiar las influencias de la

cultura europea sobre las formas actuales de la actividad del pensamiento en América. Señalar influencias en el pasado y en el presente, sería tomar el mejor derrotero para escribir la historia de la cultura iberoamericana si tal cultura existiese como conjunto. Es posible que haya varias culturas iberoamericanas y en principio hay que hacer esta diferencia esencial: el Brasil, que ocupa una gran parte del occidente sudamericano, tiene, por ejemplo, una literatura propia con marcada tendencia a separarse de las influencias portuguesas actuales en variados aspectos de la actividad espiritual, a los cuales no es extraña la lengua misma. Pero no puedo hablar del Brasil, no me considero adecuadamente equipado para tratar de una literatura que admiro sin reservas en las grandes obras que ha producido; pero que no conozco en su integridad para organizar sobre ellas miras de conjunto. Hablo especialmente de la literatura, porque esta forma de expresión del alma humana ofrece en forma lacónica el más cumplido resumen del alma y del pensamiento de un pueblo.

Importa dejar sentado, además, que hasta el momento presente es muy difícil trazar un plano general de la literatura hispanoamericana, por dos causas principales: Es la primera que, estos países no tienen un meridiano común para medir los grados y los caracteres de su cultura. A lo que se agrega que no solamente las orientaciones son diversas sino que para un mismo paralelo los meridianos ideales suelen cambiar de un período conocido a una época más recóndita. Hay comarcas en donde el foco de orientación literaria fué Francia por un largo espacio de tiempo, al cabo del cual España empezó de nuevo a socavar aquellas influencias. En otras partes, hasta hace treinta o cuarenta años, los estudiantes de medicina, los aprendices de ingenieros y las mentes juveniles poseídas del amor a las artes plásticas, iban a completar en Francia sus estudios o a iniciarlos a orillas del Sena. La vecindad de los Estados Unidos saxoamericanos y el desarrollo cultural de ese país en los últi-

mos treinta años ha desviado en parte considerable de su dirección aquella corriente de estudios que antes se movía hacia Francia.

Por causas de la actividad y el empuje de algunas casas editoriales de Madrid, Barcelona y Valencia, España empieza a disputarle a Francia en algunas comarcas el suministro de materia nutritiva del intelecto. En España misma pudiera decirse que el meridiano pasa por Madrid, pero de un tiempo a esta parte ese meridiano se desplaza. En filosofía, en ciencias, pasa por Marburgo y por Berlín; en literatura y arte se mueve lentamente hacia París o Londres. Las influencias españolas que ahora reviven en América, vienen cargadas de influencias extrañas. Los libreros de Madrid y Barcelona, los universitarios procedentes de Marburgo y de la Sorbona, distribuyen por medio de traducciones más o menos felices el pensamiento, la cultura alemana en tierras de América. Así han venido a conocer quienes no señorean el alemán, a Nietzsche, a Spengler, a Scheler, a Meissner, y a otros filósofos de tierras más septentrionales asequibles al Occidente, por intermedio de la lengua alemana como Kierkegaard y Hoffding.

La cultura hispanoamericana es un fenómeno curioso de trasplatación sin resistencias raciales o de medio. En el Japón de hoy, en la Rusia de Pedro el Grande, la penetración de la cultura occidental se hizo con caracteres de lucha contra el concepto de la vida predominante en esas comarcas. En Rusia, al cabo de siglos, todavía quedaban vestigios de la resistencia opuesta por el espíritu de la raza a las nociones culturales del sur y el occidente. En tres cuartos de siglo el Japón ha recibido de Europa nociones prácticas en materia de ciencias, pero el genio de la nación permanece igual a sí mismo y su interpretación de la vida y del hombre no se diferencian de las que predominaban en tierras del sol naciente, cuando visitó a los japoneses sin ser invitado el comodoro Perry.

Como en la mayor parte de las comarcas conquistadas en

América por los españoles, no había pueblos organizados en sociedades civiles, no hubo choque de dos civilizaciones. Los guaraníes, los indios del Orinoco y del Amazonas, los de las riberas del Caribe en el Norte de la América Meridional y en las Antillas, no tenían una civilización que oponer a la española. En México, en el Perú, en la meseta central de Colombia, había una civilización. En el choque los aztecas y los incas resistieron por algún tiempo. Los chibchas se dejaron conquistar fácilmente y su civilización y cultura desaparecieron casi por completo. De la cultura azteca sólo el arte presentó resistencias duraderas al carácter exterminador de la conquista española. En el plateresco mexicano se percibe claramente el precipitado azteca en la ornamentación de las iglesias y de los edificios oficiales de la época. Pero en la organización de la vida civil no quedaron ni restos. Las religiones, los cultos, los templos desaparecieron por completo o quedaron sepultados por siglos. Cuando vinieron a ser descubiertos en épocas recientes, eran ya testimonios mudos. Los ídolos o estatuas de San Agustín, en el sur de Colombia, tienen un mensaje interesantísimo que comunicarnos, pero nadie ha podido hasta el momento descifrarlo.

Ya se ha indicado en escorzo cuales eran la extensión y profundidad de la cultura en Hispano América al terminar la dominación española. Partiendo de la incierta base de que sus súbditos americanos eran españoles, la metrópoli quiso tratarlos como tales. A principios del siglo XIX, las colonias españolas de América tenían universidades y colegios de organización y programas semejantes a los de la Península y minuciosamente inspeccionados por la madre patria. Pero en esos institutos los americanos aprendieron a ser libres con realidad y eficacia. Terminada la guerra de independencia, el mundo descubrió con cierta sorpresa que estos pueblos estaban educados para ser libres. Los poderes europeos no vacilaron en reconocer la independencia de los nuevos estados. A tiempo que naciones de tan

rica y tan antigua civilización como China, Turquía y el Japón tenían que sufrir en su soberanía las limitaciones de la extraterritorialidad y otras no menos deprimentes, las repúblicas americanas surgidas de la independencia vinieron a la vida en el goce completo y simultáneo de todas las prerrogativas del estado libre. A lo cual debe agregarse la significativa observación de que muchos de esos poderes constituídos en una alianza sospechosa, a pesar de su santo nombre, eran enemigos no encubiertos de los principios invocados por las nuevas nacionalidades.

En este género de estudios sobre el desarrollo de la cultura y sus orígenes no pueden perderse de vista las influencias políticas. Ocurre que antes de las transformaciones morales o literarias se hacen presentes los fenómenos de influencia en lo social y en la vida civil. Todavía es frecuente que libros destinados a obrar sobre los espíritus como excitantes meramente literarios adquieren incontestable significación política. La obra de Byron tuvo sobre la vida americana de principios del siglo una influencia conjuntamente literaria y política en que predominaba el último elemento, y de la agitación literaria y política de Francia en 1830. América recibió principalmente la influencia de los principios encaminados a la consecución de mayores libertades para el individuo por ampliación de las que para sí reclamaban los poetas.

Creo haber sugerido antes que la historia de las influencias europeas sobre la cultura americana formaría la parte principal de la historia de las ideas en este continente. En tal movimiento ideológico, a Francia le tocó en los principios del siglo XIX el papel más importante. La cultura hispanoamericana de 1800 a 1860 estaba influída principalmente por las ideas, los libros y las tradiciones francesas. Nada tiene esto de extraño, porque en esa misma época el señorío intelectual de Francia era igualmente aceptado en muchas otras comarcas del mundo. No quiero disminuir la importancia del influjo de Inglaterra

sobre la vida espiritual de América. El comercio es un agente eficacísimo y suave de cultura. Los argonautas fueron a buscar oro en su inmortal expedición y fundaron una civilización nueva. El mostrador, la contabilidad, el cambio de productos crean relaciones de género superior al meramente interesado y mercantil que parece inspirarlas originariamente. Con los géneros de Manchester vinieron más ideas de cultura a nuestras costas que con las expediciones y las obras de Alejandro de Humboldt, cuyo denso contenido científico no apelaba a las inteligencias promediales.

Sería curioso averiguar hasta qué punto la negociación de empréstitos y la importación de textiles ingleses contribuyeron a difundir las obras de Byron en las repúblicas americanas de principios del ochocientos. El autor de estas fáciles consideraciones se puso por primera vez en contacto con el Childe Harold en casa de un patricio cuyos antepasados habían tomado parte en la negociación de los primeros empréstitos para Colombia.

Ni es menos ocasionado a sorpresas el averiguar cuáles son las obras literarias o de otro género merced a las cuales se propagan en un pueblo el espíritu, las ideas políticas, la cultura en una palabra, de un país lejano. La literatura francesa difundió en América ideas de cultura y de gobierno por medio de obras cuyo valor intrínseco es vastamente desproporcionado a su manifiesto dominio sobre el espíritu de las clases semiletradas. Los clásicos del siglo XVIII francés, sus filósofos, e historiadores ensanchaban el círculo de ideas de los hombres de estudio y de algunos directores de multitudes. Se sabe que Bolívar expandía sus nociones sobre la vida y ciencia de gobierno en las obras de Rousseau, a quien aparentaba desdeñar en sus horas de grande elación y de risueñas esperanzas; Santander el organizador de la vida civil en Nueva Granada, hombre de leyes y de pensamiento, ponía su atención en las generosas lucubraciones de Condillac o en expositores lúcidos tales como Destutt

de Tracy. En la gente semiletrada, en el hombre del pueblo, en el campesino que vagaba de sus tareas agronómicas leyendo obras de imaginación eran otros libros los encargados de transmitir a estas regiones el pensamiento de Francia imperecedera y eternamente nueva. Esas gentes humildes se ponían en comunicación con la cultura de Francia y aprendían de esta nación a entender la vida y a gozar de las voluptuosidades de la imaginación en obras del espíritu francés tan humildes que ni siquiera merecen el honor de ser mencionadas en la historia literaria de Francia.

Las obras de Alejandro Dumas, padre, de Paul Féval, de Federico Soulié llegaban hasta las más modestas escalas sociales donde era conocido el arte de la lectura y fecundaban la imaginación de quienes carecían por entonces de otros placeres intelectuales. Es hoy distintivo de superioridad intelectual al alcance de los intonsos afectar desprecio por aquellos autores y sus obras. Nadie podrá, sin embargo, desconocer la influencia de narraciones como los *Tres Mosqueteros*, *El Conde de Montecristo*, *El Jorobado*, las novelas de Verneñ. Estas creaciones sencillas de la imaginación francesa prepararon en el mundo americano la obra maravillosa de divulgación y cultura llevada a cabo en el ochocientos en estas apartadas regiones por la ciencia, el arte y la literatura francesa. La cultura no está hecha toda de altos pensamientos, de teorías fecundantes, de conquistas en las comarcas de la investigación científica y en el mecanismo del pensamiento. Las naciones donde no hay una base popular extensa, una capa social numerosa capaz de comprender y apreciar las formas generales de la cultura y gozar con ellas no son todavía naciones cultas. Los siete sabios de Grecia no habrían podido fundar la civilización helénica. Si la cultura, es, como la hemos definido, la tarea constante de adaptar la naturaleza a las necesidades de la inteligencia, falla en sus propósitos culturales la nación que sólo produce una «élite» de sabios, artistas y literatos desvinculada en absoluto de las podero-

sas estratificaciones populares donde residen el nervio y la fuerza de las sociedades y late en potencia el futuro de los pueblos.

Aquí no se pretende desconocer la influencia del verdadero pensamiento europeo, muy especialmente el de los grandes críticos y moralistas franceses y el de los filósofos ingleses y alemanes en todo el ochocientos. Augusto Comte señaló rumbos a más de una grande inteligencia americana en los años más agitados y de mayor promesa en nuestra labor de organización política. Taine y Renán hicieron amar la función pensante y refinaron el gusto por las bellas formas en las artes literarias.

En este punto no se puede dejar pasar sin noticia particularizada el problema de las lenguas literarias. Rivarol se espació complacientemente hablando de las cualidades que hacían de francesa una lengua de carácter universal. Por su claridad ese idioma se recomienda en las obras de exposición científica. Por adaptarse con excelencia a expresar en formas corteses hechos y pensamientos rudos y desabridos la lengua francesa fué la lengua de las cortes, de la sociedad refinada y de la simulación diplomática. En América, por sus afinidades íntimas con el idioma de estos pueblos el francés fué, como fórmula de expresión, la base de nuestra cultura. Las semejanzas exteriores con el español hacían más fácil o a lo menos más tentador su aprendizaje. Dos hechos históricos contribuyeron a que el americano de principios del siglo mirase con cierto desvío su propia lengua como base de cultura: de un lado el resentimiento natural, resultado de la lucha feroz por la independencia, y de otro la desgraciada circunstancia de que el siglo XVIII y los principios del XIX hayan sido períodos de manifiesta decadencia y pobreza en la historia literaria de España, a tiempo que Francia se ufana de haber producido en ese tiempo obras literarias de estruendosa memoria y no menor influencia en las épocas subsiguientes. Personas hubo, generaciones enteras en América, ejemplo el autor de estas consideraciones, para quienes las reglas del buen decir y los modelos de la expresión perspicua y

elegante se mostraron primero en la lengua francesa que en la española de uso corriente. No puede negarse que la evolución de las formas literarias en América ha tenido un curso lento y laborioso y la causa sin duda, de este fenómeno arranca de no haber sido durante muchos años una misma la lengua usada para las necesidades corrientes de la vida, la lengua de la sociedad, la prensa y la política, y la lengua en que se sentía el prestigio de los grandes modelos en el arte literario, en la narración histórica y en la elocuencia.

El mozo que formaba su estilo en la América española de 1830 a 1880 no armonizaba los encantos de la lengua española de que se servía diariamente para la expresión de sus necesidades y afectos con las formas excelentes y la retórica discreta de los escritores franceses en los cuales formaba su pensamiento. A esta desarmonía solía agregarse una desventura mayor. La difusión de las obras francesas entre los americanos poseedores de esa lengua traía consigo el deseo de conocerlas entre las multitudes que no sabían francés y para satisfacer este anhelo surgieron en aquellos días traducciones españolas, el recuerdo de cuyas miserias e imperfecciones todavía ensombrece el espíritu de los que recorrieron aquellas obras en traducciones oriundas de Valencia, de Barcelona y, para que no quedase duda, del mismo París de Francia.

En ese momento de nuestra evolución literaria corrió peligro la lengua materna y no faltarán personalidades enhiestas, convencidas de que tenían un mensaje para las gentes, a quienes les ocurriera el mal pensamiento de usar el inglés o el francés para darles expresión a sus ideas y sentimientos. Pero a un mismo tiempo la noción del peligro o la presunción instintiva de su vecindad y existencia hizo que mentes selectas en varias regiones del continente profundizaran el estudio de la lengua madre, y con su ejemplo dieran la voz de alerta a sus contemporáneos para conjurar la amenaza. Con el ejemplo y la doctrina previnieron a la juventud las grandes inteligencias de esa

época: Cecilio Acosta en Venezuela, Rufino J. Cuervo en Colombia, Bello en Chile y don Juan María Gutiérrez en la Argentina.

Con todo, la influencia del pensamiento francés y de la cultura general europea continuaron obrando intensamente sobre las variadas y nacientes formas de la cultura hispanoamericana. Esta cultura que fué en un principio exclusivamente española, fué francesa en parte considerable durante medio siglo y ha venido a ser forzosamente europea. Se conservan aspectos de la cultura española dignos de perdurar, hay matices nacionales más o menos acentuados en cada una de las dieciocho repúblicas, pero la base primordial ha sido europea, con predominio del pensamiento francés. Hemos hablado de las afinidades lingüísticas y de las virtudes de claridad y universalidad de la lengua francesa. A esto debe agregarse la remota y entrecortada parentela de las razas. No es factor negligible el poder educativo, la virtud contagiosa del alma francesa. En la formación de la civilización europea en el siglo XIX es preponderante y venturosa la influencia de las letras y de las costumbres francesas. No es raro que al recibir nosotros la cultura de Europa nos tocara en lote una masa considerable de ideas y sentimientos franceses. No está demás repetir lo que debemos a Inglaterra. Por su estructura mental y sus exageradas ideas acerca de la superioridad de su raza el británico se niega a hacer esfuerzos por extender su cultura. Las colectividades británicas residentes en el extranjero se aíslan voluntaria y sistemáticamente. No tratan de difundir las nociones que les son caras ni de hacer adoptar por otros pueblos sus costumbres y su manera de apreciar la vida. Su lengua excelente por su concisión y por sus cualidades de riqueza vocabular y de fuerza expresiva, tiene gran difusión en el planeta, pero no la han propagado sus grandes maestros de la palabra escrita y de las armonías verbales en que son insuperables sus poetas, sino primeramente sus comerciantes, sus hombres de espada y sus po-

líticos, tal vez sus filósofos, en menor escala sus apóstoles de las doctrinas liberales individualistas: Manchester y Byron, Spencer, Darwin y los acorazados, Bernard Shaw en nuestros días y los misioneros protestantes.

Para apreciar las influencias de Europa sobre la cultura de Hispanoamérica precisa observar que el contagio cultural se extiende a veces individualmente y en ocasiones por masas. En algunas de sus formas es de tipo esporádico, en otras toma carácter endémico y permanente. La influencia de Inglaterra sobre la cultura de Hispanoamérica fué de origen individual y se propagó en la misma forma. En literatura Byron llegó solamente a influir sobre contadas personalidades capaces de entenderle en su propia lengua y más que por sus virtudes literarias por sus ideas acerca de la libertad de los pueblos y los derechos del hombre. De estas cumbres descendía a las multitudes con el tiempo y por pequeñas dosis la virtud comunicativa del espíritu y la obra del poeta. Existía el obstáculo fundamental del idioma. Traducidas en francés y en prosa circulaban en mi adolescencia entre las gentes de letras de mi provincia las obras de Byron.

De parte de Francia la influencia se hacía sentir por masas. El idioma era más conocido. Las formas del pensamiento francés guardan más analogía, según lo hemos visto, con las peculiaridades del espíritu hispanoamericano. Sin cerrarles el paso a corrientes ideológicas de diferente origen. Francia fué durante el siglo XIX y lo es en menor escala en el momento presente uno de los centros por donde pasa el meridiano de nuestra cultura. Las grandes corrientes literarias francesas repercutieron tardía, pero inevitablemente en la sensibilidad de los literatos y pensadores americanos. Los hombres de la independencia se inspiraron en las ideas de los enciclopedistas. Muchos de ellos refrescaban su pensamiento en el *Emilio*, en *La nueva Heloísa*, o el *Contrato social*, en la literatura llamada de los emigrantes. La agitación de 1830 produjo tardíamente en Colombia la

*María*, la *Amalia* en la Argentina. En tan corto espacio no es posible nombrarlos a todos sin incurrir en graves omisiones. El movimiento llamado naturalista fecundó la literatura americana no sin dejar obras de valor a su paso. Quiero nombrar en este ciclo al novelista colombiano, Tomás Carrasquilla, que por haber matizado su rico vocabulario con palabras y modos de decir exclusivos de su comarca es menos conocido en América de lo que debía serlo por su feliz capacidad de devolver palpitantes y llenas de un leal colorido las escenas de la vida humilde sorprendidas por su observación minuciosa y, no por su apasionado afecto a las cosas observadas, menos real y sincera.

El modernismo que tuvo en América expresión tan rica y al mismo tiempo tan adecuada al ambiente de sus grandes poetas vino de Francia. En la poesía de Gutiérrez Nájera, remoto y gracioso precursor, palpita la vena líquida del espíritu y la gracia francesa. Baudelaire triste, desengañado, profundamente humano en su desgarradora y acre visión de la vida, Verlaine cristiano y libertino, atormentado por los deseos y los remordimientos, sensible como las cuerdas de un instrumento ideal; Rimbaud, Mallarmé y los dioses menores del simbolismo continuaron la influencia francesa en el movimiento literario hispanoamericano de fines del ochocientos y de principios del siglo XX. Toda la obra poética de aquel grupo disperso y, sin embargo, homogéneo se distingue por el hálito vital de los grandes poetas franceses de la época y por la nota de voluptuosidad histórica y geográficamente americana. Silva es la voluptuosidad en busca de los conceptos refinados de las ideas nobles y dispares; Darío es la voluptuosidad de las palabras sonoras, de las alteraciones, de la concordancia entre las armonías verbales y los fáciles motivos poéticos; del Casal es la voluptuosidad de las formas desnudas, de los perfumes incitantes, del goce natural sencillo, completo y simultáneo; Magallanes Moure, uno de los más altos valores poéticos de su tiempo, es la voluptuosidad de la tristeza, el placer consciente y refinado en el análisis

de las emociones cuyo contraste implica la realidad ineluctable del dolor humano. Todos son profundamente americanos tocados, por una divinidad maligna, de las influencias de Europa.

Tal era hasta 1914 la situación relativa del pensamiento europeo frente a la agitación literaria del mundo hispanoamericano. Nuestra posición era de voluntaria y consciente admiración frente a los valores morales, artísticos, de ciencia y de filosofía que nos mandaba la gran península del hemisferio oriental. La guerra ha lastimado muchos de aquellos valores y ha modificado la actitud de América en sus relaciones culturales con Europa. Uno de los primeros resultados en este cambio de actitud ha sido una reviviscencia de las influencias españolas en el continente. A la guerra de 1914 le debió España un movimiento de renovación pasajero. El comercio de ideas que antes se hiciera con Francia y por intermedio de Francia con otras comarcas (Inglaterra, Alemania, Rusia), resurgió con España. Cuatro años de paralización intelectual y dedicación a la orgía destructora no se reponen en una sola generación.

España ha aprovechado de esa propicia coyuntura y ha reemplazado en Hispanoamérica aunque tan sólo en parte, a la Francia del siglo XIX en su tarea de difundir y explicar las obras y las ideas de otras naciones de Europa. Han surgido además en España pensadores y hombres de estudio a quienes las juventudes americanas escuchan con provecho y no sin marcada complacencia.

Europa sufre todavía las consecuencias abortivas de aquel lapso «esquizofrénico» y la paz incierta y artificiosa, de los últimos lustros debilita cada vez más su influencia espiritual sobre la vida hispanoamericana. El nacionalismo exagerado, las pretensiones de superioridad racial sin base científica, los deliquios autárquicos de naciones europeas privadas por la naturaleza de algunos elementos vitales han hecho nacer en América el anhelo de bastarse a sí misma espiritualmente. Es una mera aspiración, sin base formal todavía de nociones cabales sobre

la enormidad de tal empeño, pero el hecho de que estas pretensiones existan prueba de por sí la enormidad del fracaso que ha venido a ser Europa para el mundo todo en el esfuerzo humano por realizar la justicia, la libertad y por hacer de las sociedades nuevas aquellas mansiones del espíritu, buscadas por el hombre con más fe que prudencia, donde la cultura en todas sus formas se desarrollara como los cuerpos organizados en su ambiente natural y propicio.